jóvenes; poco después llegó el Duque con el objeto de participarle, aunque ya lo había hecho por escrito, que el Marqués de Montbar le había pedido en la noche anterior la mano de su hija.

—Es preciso concedérsela — dijo Fedora.— Cristina le ama con un cariño serio y profundo.

—¡Es posible! — exclamó el Duque; — ¡á su edad! ¡á la edad del Marqués!

—El amor, amigo mío, no reconoce edades: avéngase usted á esa boda. El Marqués es la nobleza y la lealtad personificadas, y con nadie como con él podrá ser Cristina tan dichosa; si bien no es muy rico, tiene talento para acometer empresas, y creo que sabrá ganar dinero con su ingenio; es activo, probo, inteligente, caballero, y posee un alma bellísima. No nos quejemos ni usted ni yo de la elección de nuestras hijas, y roguemos á Dios porque no cambien.

El Duque quedó ya satisfecho con la opinión de su amiga y aliviado del enorme peso que era, para él, el cuidado de la suerte futura de su hija, á la que amaba con idolatría.

V

El término de un año impuesto por la Princesa para probar el amor de Cristina en la apariencia, pero en realidad, no sólo para probar el de la joven, sino también el del Marqués, el de su hija y el del Vizconde de Valence por esta última, pasó rápidamente, sirviendo sólo para que Cristina se apasionase más y más de Mr. de Montbar.

No era esto extraño por cierto: el Marqués era el tipo perfecto del hombre bueno, amante y honrado, y además su figura, tan bella que muy pocos podían sostener con él la competencia, parecía haberse embellecido más todavía con los reflejos de dicha que le enviaba su alma embriagada con el amor de Cristina.

Era Jorge de Montbar un hombre de carácter melancólico y pensador, exaltado en sus sentimientos y, por lo mismo, poeta; la ternura y la indulgencia formaban la base de su índole; pero no una indulgencia débil, sino razonada y basada en una exquisita sensibilidad y benevolencia.

Verdaderamente valeroso, tenía, sin embargo, para las mujeres una galantería afectuosa y casi tímida, y era tan capaz de defenderlas de cualquier hombre como de respetarlas.

Desde su aparición en el mundo—del que había vivido retirado por espacio de trece años,—las mujeres le contemplaban con admiración y se disputaban sus obsequios y sus preferencias con una tenacidad que las hubiera comprometido mucho si el Marqués hubiera sido un hombre de otro modo de pensar.

Pero era tal su hidalguía y tanta la grandeza de su carácter, que ninguna corrió riesgo alguno, y las preferencias de que era objeto se consideraban como la cosa más natural del mundo.

Cristina fué envidiada, y esto la llenó de orgullo, porque su alma apasionada no podía interesarse por ningún hombre vulgar.

El Marqués era alto, y sus formas, sin poderse afirmar que empezaban á ser gruesas, habían perdido ya la esbeltez de la primera juventud; sus cabellos, castaños, eran naturalmente rizados, espesos y ya matizados con algunas hebras de plata.

Sus ojos, de un azul muy obscuro, estaban llenos de inteligencia, de ternura y de melancolía; su color era pálido, y negras sus cejas, sus pestañas y su bigote fino y rizoso; una nariz de dibujo griego, una boca perfecta y una frente elevada completaban aquel conjunto, del cual eran los rasgos característicos la bondad, el talento y la energía de un alma grande y de un temple poco común.

Vestía con una rica sencillez y usaba pocas joyas: los botones de su magnífica camisa de batista eran casi siempre de oro liso; una sola sortija, que era un cintillo de oro cerrado por un brillante, lucía en su dedo anular como recuerdo de su madre; la cadena y el sello de su reloj eran de escaso valor; no así éste, que, por su estructura, era una alhaja admirable.

Comía poco, dormía menos y había huído siempre de los desórdenes en que consumen su vida y sus fortunas tantos hombres de su clase; pero su inteligencia, vastísima ya por sí misma, se había enriquecido con tan extenso caudal de conocimientos, que era á la vez sabio y poeta, gran filósofo, profundo pensador, político eminente, hacendista notable y elocuente orador.

Reanimado; vuelto á la vida, por decirlo así, con el amor de Cristina, se sentó en la Cámara al abrirse la legislatura, y pocas sesiones se pasaron sin que apareciese como una lumbrera aquel hombre hasta entonces obscurecido.

Conociendo el elevado talento de Cristina y apreciándole más que nadie, quiso ser grande de todos modos y darle la opulencia de que ella se había visto rodeada, durante toda su vida, al lado de su padre y de la Princesa Fedora, y para esto adquirió una agencia de Bolsa, pues la actividad era ya necesaria al exceso de vida que sentía.

Cada mañana recibía Cristina, al despertarse, un hermoso ramo de flores, que Agueda le llevaba, y dentro de él un billete; el Marqués, además,

le llevaba libros de esos que, á la vez que deleitan el ánimo, alimentan el alma y que instruyen en la ciencia de la virtud: estas lecturas eran las más propias para la elevada inteligencia de Cristina y para su índole recta y altiva, tan casta y virginal, aunque por nada se sonrojaba.

Cristina era una niña pudorosa y digna, llena de ilusiones; un vaso de alabastro que conservaba intacto todo su perfume.

¡Qué felices eran las dos amigas! Cada noche se referían mutuamente las palabras de amor del hombre á quien cada una amaba.

Diana se contentaba con menos que su amiga. Esta, más apasionada, exigía más demostraciones y perdonaba menos cualquiera distracción: si tardaba el Marqués en llegar por la noche algunos minutos más de lo acostumbrado, Cristina sufría de un modo visible.

—¡Dios mío! ¡Qué gusto tienes en hacerte desgraciada!—le dijo un día Diana.—¿Qué te importa que tarde un poco más ó menos?

—No lo puedo remediar—repuso Cristina:—yo quisiera ser menos vehemente, tener tu calma... ¡Nadie ganaría en ello tanto como yo!

Pero á la llegada del Marqués, algunas dulces palabras la tranquilizaron, como sucedía siempre. Aquella naturaleza noble y generosa podía sufrir mucho, pero no podía guardar ningún resentimiento: en extremo sensible, le era además de todo punto imposible disimular lo que sentía.

Con más dicha que pesares, iba pasando el año señalado para el matrimonio de las dos jóvenes. El amor de Diana al Vizconde de Valence resistía á la prueba, y aquella ingenua y casta niña, lo mismo que la apasionada Cristina, pudiera decirse que sólo vivía por su amor.

Todo lo que el grave Arturo decía era para su inocente y risueña prometida motivo de admiración; le amaba y á la vez le respetaba de una manera tan verdadera como tierna y profunda, y esto es justamente lo que sucede en todos los dichosos matrimonios en que el hombre es superior á la generalidad, y la esposa tiene la superioridad encantadora de la inocencia y la virtud.

Tal vez Fedora hubiera deseado en su hija más tendencia á brillar, más ingenio, más condiciones para ser una mujer á la moda; pero Diana había nacido para ser la modesta flor que había de vivir al calor del hogar doméstico y para la práctica silenciosa de todas las virtudes cristianas.

Julia, la desgraciada hija del Marqués de Montbar, era la única persona que sufría amarga y profundamente; desde que sabía pensar, un solo sueño de ventura había acariciado su mente: el de vivir constantemente al lado de su padre, y el de que éste no partiría con nadie el cariño que la profesaba; la infeliz criatura creía tener un derecho á ello por su desgracia, y se decía que el alma noble y el elevado talento de su padre lo comprenderían así. A pesar de sus pocos años, la so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ledad, la meditación y, sobre todo, el dolor, ese gran maestro de la vida, habían madurado su talento, naturalmente grande y precoz, como suele serlo en todos los infelices seres lisiados por la mano cruel del destino. Algunas veces, cuando podía escaparse de la vigilancia de su aya, se encerraba en su cuarto para llorar; pero la excelente señora, que la amaba verdadera y tiernamente, iba á buscarla y la consolaba de su desgracia con la seguridad del invariable cariño que su padre le profesaba.

Pero en vano Mme. de Varennes se esforzaba en tranquilizar por largo tiempo la tristeza de Julia: ésta volvía más dolorosa y más tenaz, y tomó un carácter alarmante desde que empezaron las relaciones del Marqués con Cristina.

¡Cosa extraña y terrible!

Al paso que el padre revivía y adquiría en su persona y en su corazón reflejos de alegría y de felicidad, la hija languidecía y se apagaba como una lámpara abandonada y á la cual se acaba el alimento.

Sin embargo, el Marqués no había dejado de amar á su hija: la veía, como antes, una hora cada día, que le dedicaba después del almuerzo; comía con ella por lo menos cuatro días de la semana, pues los otros dos comía en casa de la Princesa; la llevaba á paseo algunas tardes, é instábala con empeño para que saliese con Mme. de Varennes y fuera al bosque y á los teatros; la invitaba á que hiciese compras, y le encargaba que de nada se privase; pero Julia sacudía la cabeza con melancolía, y aunque delante de su padre fingía una sonrisa de complacencia y gratitud, al quedarse sola lloraba amarga y copiosamente, á pesar de todas las reflexiones de su excelente aya.

De esta suerte pasaron días y meses.

Una noche, ya muy tarde, llegó el Marqués á su casa preocupado y triste.

Cristina, indispuesta desde hacía dos días, se había agravado aquel día y tenía una fiebre ardiente. Mr. de Montbar, casi loco, pues aquel amor llenaba completamente su alma, había cedido á las instancias de la Princesa y se había retirado dos horas para volver al amanecer.

Decidido á pasar aquel tiempo sin acostarse, se sentó en un sillón y mandó al ayuda de cámara que pusiera una pantalla á la lámpara, y que se retirase hasta que amaneciera.

No bien había salido el criado, llamaron á la puerta. El Marqués, pensando que era su hija, que estaba con cuidado al ver que era tan tarde y deseaba averiguar si le había ocurrido algo, dijo:

—Entra, Julia.

La puerta se abrió, y la plácida y respetable figura de Mme. de Varennes apareció en el umbral.

—¡Qué, señora! ¿Está mala mi hija?—exclamó el Marqués levantándose.

—No, á Dios gracias, señor Marqués—res-

pondió el aya.—La señorita Julia está durmiendo en este instante: mi venida, muy importuna á esta hora, es sólo con el objeto de hablar á usted de un asunto importante.

—Entre usted, pues, y tome asiento—dijo el Marqués volviendo á ocupar su sillón.—Mucho favor me hará en acompañarme hasta que amanezca, porque no podría dormir. Veamos, mi querida señora, de qué se trata. ¿Necesita usted dinero? ¿Gasta Julia demasiado? No importa: mis negocios van bien y espero que produzcan mucho; no le consienta usted que se prive de nada.

—¡Ah, señor Marqués!—exclamó el aya,—¡la señorita Julia apenas gasta! ¡Desgraciadamente, nada desea, y el dinero de su tocador está intacto hace dos meses! ¡De eso precisamente venía á hablar á usted!

—¿Pues qué sucede? ¿está triste mi hija?

—Está muy triste, y temo que esté también enferma dentro de poco.

—¿Pero cuál es el motivo de su tristeza? ¿Qué es lo que la aflige?

—¡Señor Marqués, perdón!—dijo Mme. de Varennes con voz conmovida.—Quizá voy á faltar á la consideración que á usted debo y á mezclarme en cosas que no debería... ¡pero la señorita Julia me es tan querida!... ¡fuí amiga de su madre, y nada habrá que yo no intente para consolarla!

—¡Hable usted, hable usted!—exclamó el Marqués con voz agitada, pues sospechaba de lo que

se trataba.—¿Sabe usted lo que aflige á Julia? Dígalo usted sin rodeos.

—Pues bien, señor Marqués: su hija de usted no puede acostumbrarse á la idea de su casamiento; tiene celos de esa joven que va á ser su esposa de usted. Ella encontraba un consuelo al desgraciado destino que el cielo le ha señalado, á su probable aislamiento, en la seguridad de que el cariño de usted sería suyo y sólo suyo para siempre... y ahora la certeza de que se va usted á casar, de que la mejor parte de su corazón y de sus atenciones será para su esposa, la hace sufrir de un modo que me aterra.

—Jamás faltarán á Julia mi cariño y mi interés—repuso el Marqués:—porque sea buen esposo, no dejaré de ser buen padre.

—Eso mismo le he dicho yo mil veces; pero ¡ay! en vano: la llaga no se cierra; por el contrario, cada día se encona más.

—El tiempo la convencerá de mi ternura.

—¡Ah, señor Marqués! ¡desista usted de volverse á casar!—exclamó el aya uniendo sus manos é inclinándose casi hasta caer á los pies de Mr. de Montbar;—¡por amor á Julia, no se case usted!

—¡Señora!—repuso el Marqués,—¡esto es una locura! ¿Puede exigir mi hija que yo le sacrifique el reposo y la felicidad de toda mi vida? ¿Quiere que yo sea víctima de mi amor paterno? No puedo creer, en el buen sentido de Julia, tal preten-

sión, que, por otra parte, en manera alguna estoy dispuesto á satisfacer.

—¡Ah!—exclamó el aya.—Si esa niña fuese como las demás; si no hubiese venido al mundo marcada con un defecto físico que la imposibilita para el amor y para el matrimonio, sería injusto su dolor, y no tendría ningún derecho á exigir de usted tal sacrificio; ¡pero es tan desgraciada!

—¿Dejará de serlo porque yo lo sea también, señora?

—¡Usted puede olvidar á esa joven y consolarse con el amor de su hija!

—Señora—dijo el Marqués con acento grave y dulce á la vez,—usted no es una mujer vulgar, y, por consiguiente, voy á hablarle con confianza, seguro de que sabrá apreciarla. Aunque de más edad que mi primera esposa, fué usted su amiga, y ella distinguía á usted con su aprecio; distinción muy justificada y que influyó no poco en mi determinación, cuando rogué á usted que se encargase de Julia. Pues bien, amiga mía: ¿fuí yo dichoso en mi unión?

—¡Oh, no!—exclamó el aya:—fué usted desgraciado en demasía.

—La catástrofe que me arrebató á la madre de Julia, asombró mi espíritu de tal suerte, que ya sabe usted que he vivido por espacio de trece años alejado casi por completo de la vida, tanto de sus placeres como de sus ocupaciones; me sentía tan pequeño y de tan poco valor al recordar la aversión de mi mujer, que ya no esperaba en el amor ni en la felicidad: una niña pura, hermosa, llena de esperanzas, de talento y de buenas cualidades, me amó... me devolvió la fe en la vida, en la felicidad; me hizo desear el trabajo y los goces de la familia; la amé á mi vez, temblando con la idea de que mi dicha fuera un sueño, y reviví... ¿y piensa usted que yo puedo renunciar ahora á todo eso para volver á la noche sombría en que he vivido?

Mme. de Verennes guardó algunos instantes de silencio, y respondió levantándose:

—No, señor: veo que usted no puede renunciar á la felicidad.

—Además, señora, de mi amor, media el de Cristina: ella me ama y me ha amado espontáneamente; yo no puedo rehusar ese amor tan puro, tan noble, tan desinteresado, sin llenarla de dolor y sin condenarme á la desesperación.

—No más, señor Marqués—dijo el aya;—me retiro. Sólo tengo una cosa que hacer: consolar y distraer á la pobre Julia, y suavizar su pena con la creencia de que Dios recompensa largamente en el cielo los dolores de la tierra.

El aya dijo estas palabras con una frialdad irritada. Mujer de edad avanzada y madre tierna de dos hijos, culpaba amargamente al Marqués por no sacrificarlo todo al interés de Julia, á la que amaba con pasión, tanto por ser hija de su desgraciada amiga, cuanto por la deformidad que

tan poderosamente debía contribuir á su infeliz destino.

Saludó al Marqués y salió de su habitación con las lágrimas en los ojos, compadeciéndose de la suerte de su educanda.

El Marqués pensó breves instantes en lo que había oído; luego se dijo que todo aquello eran fantásticos temores de niña mimada; que Cristina tenía por Julia un tierno interés, y que ésta se consolaría muy fácilmente de su casamiento; y viendo que ya apuntaba el día, salió de su cuarto y se dirigió precipitadamente al palacio de Kernok, donde se hallaba Cristina desde que, sintiéndose indispuesta, se había acostado.

En la mesa del recibimiento halló una bandeja con muchas tarjetas que se habían recibido durante la noche anterior; vió en una las armas del Conde de Valence, y extrañándole que no hubiera sido recibido por la Princesa, la tomó y leyó:

EDMUNDO DE VALENCE

Se despide para Italia.

—¡Ah!—se dijo el Marqués,—¡es el hijo menor! Ya estará contento su padre, pues quería que hiciera este viaje para ver si se cura de su mortal melancolía. ¡Pobre joven! ¡Muchos golpes debe haber llevado, y mucho se parece su estado al mío de otro tiempo! ¡Vamos á ver al ángel de mi guarda, y Dios le depare á él otro parecido!

VI

Cristina salió de su corta enfermedad más fresca y más bella de lo que jamás lo había estado; durante los días de su indisposición había recibido tales pruebas del ardiente amor del Marqués, que casi la bendecía por habérselas proporcionado.

En efecto: aquel amor primero, último y único del Marqués—pues á su esposa no había llegado á amarla,—rayaba á una altura de la que no hay muchos ejemplos en nuestra gastada sociedad; desenvolvióse en el corazón de aquel hombre un raudal inmenso de ternura hasta entonces comprimido y mudo por falta de objeto.

Era Mr. de Montbar uno de esos hombres cuyo exquisito y delicado organismo no consiente excesos groseros y que no viven fuera de un círculo noble y elevado: cuando este círculo se estrecha ó desaparece, se repliegan en sí mismos, se aislan y enmudecen, retirándose del camino de los vivos.

Tal sucedió al Marqués: Cristina, como un ángel de luz, vino á sacarle del purgatorio de su dolor, y le llevó á regiones espléndidas, serenas, llenas de esplendor y de gloria y para él desconocidas.